

Todos a María

Recientes los cánticos de Aleluya con que la Iglesia celebra la Resurrección del Señor y aún tiernas las vocécitas infantiles que con sus canciones nos hicieron partícipes de la alegría de la Pascua de Resurrección, nos viene el mes dedicado a nuestra excelsa Madre, la Virgen Santísima.

El pueblo fiel, en este mes, se reviste de una piedad mariana más acen tuada que en otros tiempos del año: flores y guirnaldas son ofrecidos a la Virgen; todo es júbilo de plenitud primaveral; las notas del «sigueu pels bons, pilar de fortaleza; pels peccadors, el port de salvament», se oyen como un clamor, en demanda de ayuda y misericordia. Ayuda para que Ella nos guie siempre en el camino de la vida, llena de espinas y engaños; ayuda para que nos fortalezca en nuestras buenas costumbres; ayuda, en fin, para vencer el maligno espíritu de nuestras concupiscencias y, finalmente, misericordia para que los alejados de Ella, vuelvan, arrepentidos, a postrarse a sus pies.

Seamos nosotros, jóvenes de Acción Católica, verdaderos hijos de María, pues la devoción a la Virgen no es solamente femenina, sino por el contrario, es de necesidad absoluta para los hombres, pues somos los que más necesitamos de la ayuda de tan excelsa

Madre, pues, ¿quién comprenderá mejor el corazón de un hombre?

Seamos, a semejanza de San Juan, el discípulo amado del Señor, y nuestro Patrono, puros como él y dignos de las palabras que derramó sobre su corazón cuando con María se hallaba al pie de la Cruz, Jesucristo: — Señora: He aquí a vuestro hijo, para poder escuchar también las otras palabras que pronunció Jesús dirigiéndose al discípulo amado:— Aquí tienes a tu Madre.

Inculquemos a los niños el amor a María, porque, cuando mayores, encontrarán en Ella su intercesora, su buena Madre y quien sabe si, apartados de Ella, serán las oraciones que de pequeños hicieron, el motivo de su salvación.

Sea este mes de Mayo, más que un símbolo externo de nuestro amor a María, la ocasión de encender en nuestro corazón una llama inextinguible de amor a Ella, pues es quién nos alcanzará las virtudes de humildad y pureza que tanto brillaron en la Virgen.

Pidámosle que salve a los pecadores alejados de la Iglesia y que pronto vuelva la paz tan deseada, al mundo, porque no habrá paz hasta que todos los hombres y todos los pueblos reconozcan a María como a Madre de Dios y Madre suya y Reina de Paz.

F. E. C. O.